

Sociología y nación en la obra pionera de Orlando Fals Borda*

Gabriel Restrepo

Bogotá, septiembre 1 a octubre 25 de 2005

El concepto de padre o de progenitor no es algo que se limita sólo a la transmisión biológica de los caracteres o de escritura genética en el transcurso de las generaciones. Esta herencia corresponde al orden del «soma» o de lo somático, de los cuerpos, del genoma. Pero así como hay una procreación biológica por el concurso de una alianza de lo diferente y opuesto (hombre y mujer) para engendrar un descendiente que es símil disímil de sus modelos, también en el orden del «sema» o de lo semántico, en el plano ya no del genoma, sino de la cultura, hay procreación. Soma y sema, cuerpo y significado, organismo y signos devenidos símbolos, biología y cultura: entre esas dos tensiones transcurre la evolución de naturaleza y sociedad. Entre una complejidad bionatural y una complejidad sociocultural se anuda el sentido del peregrinaje humano hacia lo desconocido. Se puede llevar esta analogía hasta donde se quiera: por ejemplo, así como hoy hay filiación sin acople físico de pareja, también asistimos en la actualidad a un engendramiento cultural no presencial, aleatorio, promiscuo, a distancia, global, heteróclito, porque no ocurre ni en socialización primaria por familia de corte clásico, ni por educación formal.

Esta analogía también se aplica en la modernidad al concepto de patria, como lugar llamado Estado donde los padres o mayores establecen una ley, hacen de la

* Ésta es una versión para la *Revista Colombiana de Sociología* del concepto emitido para la consideración de Orlando Fals Borda a la candidatura de Doctor Honoris Causa de la Universidad de Antioquia, que se le otorgará el 11 de noviembre 2005.

palabra un oficio público y del poder organizado como jerarquías una disputa reglada por constitución y leyes. Y si uno extendiera más allá la comparación, encontraría que a la patria correspondería, en relaciones complejas y no siempre simétricas, una suerte de «matria», que si no se designa con este concepto que podría ser preciso, alude empero a la nación, al pueblo, a los *humus* y paisajes locales donde se anudan las costumbres y las convivialidades y donde la palabra ocurre como el habla de la madre, lengua de la nutrición, lengua de los afectos, expresión entrañable de las nanas y canciones.

Hoy en día esta analogía local y nacional también vale para un mundo en el cual el mito patriarcal (el discurso del poder) se resume como imperio, según la designación de Negri y Hardt (2001), o como biopoder, según el concepto de Foucault (2001). Su contraparte desde una perspectiva de género considerado en sentido amplio y en los parámetros de lo que podría llamarse un mito matricial (el discurso de la mujer como encarnación de los/as subyugados/as), puede denominarse como multitud. La conciliación de estos dos órdenes correspondería a lo que Edgard Morin ha llamado, en la visión de un utopía global, «la tierra-patria» (S.f.). Es a esa tierra patria en donde se concilien lo mejor del mito patriarcal (el mito del estado) y del mito matricial (el mito del retorno a la casa mundial, a la ecumene y al *humus* en la justicia solidaria) a la cual apunta la obra de Orlando Fals Borda desde un enraizamiento en una región que para él ha sido una especie de Macondo, la que trabaja en «Historia doble de la costa» y a la que el designa como el Departamento o la Región del Río (Restrepo: 2002; Restrepo *et al.* S.f.).

Que estas analogías de sexualidad y género sean verosímiles, lo dicen mitos de fundación de los estados modernos, esas narrativas para trazar significaciones comunes dentro de un territorio. Así, en los Estados Unidos, a los próceres se los llama *Founding fathers*, padres fundadores. Así, en Colombia y en los países bolivarianos hablamos de los padres de la patria, según el mito de los tres huerfanitos (Simón Bolívar educado por Simón Rodríguez con el libreto de Jean Jacques Rousseau). Al primer mito corresponde el enunciado de un destino manifiesto; al segundo una especie de destino latente, fantasmal, críptico y laberíntico. El primero es continuo, perseverante, aditivo como se muestra en la literatura en el relato *Rip van der Winckle* de Washington Irving o como se poetiza en «Cantos de hierba» de Whitman; el segundo destino es fantasmal, propio de estados débiles en naciones y pueblos exuberantes; revela configuraciones legales y políticas impropias para acordarse con la heterogeneidad social y con la mega complejidad biogeográfica; es discontinuo, tortuoso, como se condensa en «Pedro Páramo» o en «Cien años de soledad».

Esta procreación cultural también ocurre en las disciplinas. Newton es llamado el padre de la ciencia moderna. Darwin el de la evolución. Einstein el de la relatividad.

A nuestro nivel de casa nacional, ocurre otro tanto. En el caso de la sociología, se reconoce como antecedente lejano en la genealogía sociológica a Manuel Ancízar, por su obra «Peregrinación de Alpha», el mismo que pasa por ser reconocido como ancestro de la psicología. Más cerca, figuran personajes como Salvador Camacho Roldán y Rafael Núñez.

Pero sin duda, la sociología moderna y profesional en Colombia responde de modo unívoco a un solo protagonista: Orlando Fals Borda. Es cierto que en el mismo año en el cual Orlando Fals fundó el Departamento de Sociología, de la Universidad Nacional, 1959, aparecieron instituciones académicas en la Universidad Javeriana y en la Universidad Pontificia Bolivariana, pero ninguna de éstas se fundó ni se sostuvo con la perspectiva profesional, académica y con la solidez de investigación que exhibió en su primer lustro el instituto académico fundado por Orlando Fals Borda, que también fuera un laboratorio para la integración de distintas disciplinas de las ciencias sociales: la antropología en primer lugar, la geografía, la historia y el trabajo social y que fuera decisivo para el nacimiento de líneas de investigación en violencia, género y familia, industria y trabajo, sociología urbana y rural, educación. Al mismo tiempo, Orlando Fals fue el padre de la Asociación Colombiana de Sociología, fundada en 1963, y organizador de tres congresos nacionales y uno latinoamericano en el primer lustro de la vida del Departamento de Sociología.

Es cierto, por supuesto, que otros sociólogos y profesionales de las ciencias sociales contribuyeron al establecimiento de la sociología, como es el caso de Camilo Torres Restrepo (también cofundador de la Asociación Colombiana de Sociología), pero en éste el compromiso con la religión y la política predominó en relación a su actividad académica, júzguese como se quiera su labor en el ámbito de la política.

Poco después del inicio de la sociología, Orlando Fals Borda publicaba uno de sus primeros libros: «Campesinos de los Andes» (1961, 1955), producto de una investigación que había concluido seis años antes. Si se exceptúan algunos precedentes debidos a la obra de Antonio García, aquel libro fue pionero en estudios sociológicos sobre el problema rural en Colombia, realizado con una combinación ejemplar de perspectivas geográficas, históricas, etnográficas y sociológicas. Fue una obra que puso el dedo en la llaga, como se dice o, en términos no coloquiales, que desnudó el mayor problema nacional, la tierra y el campesinado.

La obra de Orlando Fals Borda se enriqueció además en los primeros años del Frente Nacional por la esperanza que entonces se alentaba con la Alianza para el Progreso de una reforma agraria que propusiera soluciones a las ancestrales inequidades del campo, mucho tiempo antes denunciada por Alejandro López en el clásico libro «Problemas colombianos». No obstante, Colombia optó por un camino distinto al de México y de Corea del Sur, para poner dos ejemplos, en el tratamiento del problema rural, porque faltó peso a la burguesía (una muy pobre, por cierto), a los intelectuales

tuales (demasiado insulares y dependientes) y a un campesinado muy disperso, poco educado, heterogéneo y en estado de miseria para contrarrestar el poder de los herederos de encomiendas y haciendas, en un país que es muy conservador, en el peor de los sentidos de un concepto que es válido en muchas otras dimensiones. Todavía quedan como una constancia los planteamientos que a tenor de la tradición de Alejandro López y del mismo Antonio García propusiera el industrial Hernán Echavarría Olórzaga en aquella época y que recordara él mismo en la inauguración de la Cátedra Hernán Echavarría Olórzaga en Empresariado e innovación de la Universidad de los Andes el 23 de septiembre del año 2003, los mismos que permiten comprender el drama de Fals Borda en aquella etapa, drama que hoy nos afecta a todos. Con argumentos tomados de Keynes, el industrial había propuesto en 1961 un gravamen a la tierra. Cifrabá en este impuesto –más que en una reforma agraria directa– una transformación de la orientación de las inversiones globales, porque con ello se evitaría la tendencia a mantener tierras improductivas como seguro de patrimonios. Con pesadumbre retrospectiva, Echavarría indicó que el asunto fue descartado por una férrea oposición de los terratenientes¹.

Ello explica muchos de los dramas del país en la mediana duración y permite comprender los dilemas de Orlando Fals Borda en 1961. Siendo director técnico del Ministerio de Agricultura cuando era dirigido por Otto Morales Benítez en el primer gobierno del Frente Nacional, el sociólogo animador del Departamento de Sociología hizo todo cuanto le era posible por acelerar la Reforma Agraria, pero los intereses de la clase dominante pronto pondrían un freno a cuanto significara alterar la estructura de la tierra.

Aunque quizás a Orlando Fals Borda le faltara por aquella época alguna perspicacia keynesiana o aún una dimensión fuerte de la intelección política del fenómeno del poder para comprender el problema de la inversión en la tierra como algo del orden estructural, no se puede decir que hubiera sido ingenuo en la esperanza de la reforma agraria. Sabía que había limitantes de poder, aunque quizás sobrevalorara los potenciales internos y externos de cambio. Su modesto pesimismo fue expresado de modo dramático y muy significativo en el epígrafe de *Campesinos de los Andes*: es la admonición de Mardoqueo a Ester, una mujer que en el exilio (la figura de la mujer y del exilio en la esclavitud es muy significativa, como sugeriremos luego) no obstante ha accedido a una posición de poder:

“No pienses en tu alma que escaparás en el palacio... Porque si absolutamente callares en ese tiempo, respiro y liberación surgirán de otra parte... ¿Quién sabe si para esta hora te han hecho llegar?” (Ester, XV:14).

¹ Quien quiera examinar con mayor detenimiento los argumentos de Echavarría Olórzaga, puede consultar el discurso completo en la siguiente página electrónica: <http://administracion.uniandes.edu.co/homenaje/default.asp>

Con ello se prefiguraba de una forma muy elocuente aquel aluvión de violencias organizadas estatales, paraestatales y contra estatales que se incubarían a mediados de los sesenta.

Anticipemos algo diciendo que la elección de esta figura, una mujer en el exilio y no obstante con alguna interlocución en el poder o en el Estado (El «Palacio»), representa, en términos de las metáforas que he utilizado, la encarnación figurada del intelectual como representante de la patria o de la nación ante la patria o el Estado. Puede que esta comparación se reciba con alguna extrañeza por introducir una dimensión de género en una perspectiva de poder, pero además de la sugerencia hecha al comienzo, más adelante examinaré que posee un fundamento y éste resulta ser muy fecundo tanto para el análisis de los problemas del país, como para juzgar la trayectoria intelectual y vital de Orlando Fals Borda.

El problema de la tierra no ha hecho más que agravarse desde entonces. Según el mismo Echavarría Olórzaga, otra oportunidad se perdió por la época del Acuerdo de Chicoral, en 1973, que significó el reforzamiento de la inequidad en el acceso a la tierra. El país político ratificaba una vez más nuestra versión del camino prusiano de lenta transformación del campo con mantenimiento de estructuras arcaicas y autoritarias y alta concentración de la tierra, diferente al llamado por los clásicos del marxismo el camino democrático-burgués de rápida transformación mediante una redistribución de la propiedad o de los activos relacionados con el campo, hecho en Estados Unidos, México, Corea del Sur y en tantos otros países. En nuestro caso, dicho modelo fue el que enunciara ya en los cincuenta Lauchlin Currie y se activara en la época del Acuerdo de Chicoral con el plan de gobierno «Las cuatro estrategias»: modificar de modo indirecto al campo favoreciendo la construcción urbana, canalizando ahorros e inversiones a la ciudad y fomentando la migración rápida del campo a la ciudad para estimular por la demanda urbana modificaciones progresivas en el campo, sin afectar de modo directo sus estructuras de producción o de poder.

Según Oswaldo Espinoza², entre 1971 – época del acuerdo de Chicoral y el momento actual, el indicador Gini ha ascendido del ya alarmante 0.72 al 0.98, un grado casi absoluto de inequidad, agravado sin duda también por el deterioro del papel del café como aglutinador de una clase media en el campo y por el efecto negativo de la apertura en el campo (en un mundo que mantiene subsidios agrícolas del orden de 600.000 millones de dólares), bajo la cual Colombia ha pasado de ser exportador de alimentos a importar ya mucho más de siete millones de toneladas.

² Funcionario del Departamento Nacional de Planeación, en la ponencia presentada el 16 de octubre en el simposio: «Conflicto y Desigualdades Socioespaciales», en el marco del Seminario «Dimensiones Territoriales de la Guerra y la Paz», organizado por la Red de Estudios de Espacio y Territorio de la Universidad Nacional en octubre del 2001.

En un estudio comparativo a nivel internacional, el lamentablemente fallecido Juan Luis Londoño estableció muy claramente el problema de América Latina y dentro de él, el de Colombia:

“Latinoamérica –dice– tiene un coeficiente Gini aproximadamente 15 puntos mayor que el promedio del resto de países del mundo. La mayor riqueza de recursos naturales y la más alta concentración de la tierra ayudan a explicar una parte no desdeñable del exceso de desigualdad.” (Londoño: 1999, p. 81).

En fecha más reciente, el economista y político conservador Juan Camilo Restrepo, apoyado en estudios de la Universidad de los Andes, ha puesto de presente el problema:

“El desplazamiento puede estar generando una ‘contrarreforma agraria’ hacia una reconcentración de tierras en grandes proporciones. Estimaciones recientes sugieren que la tierra abandonada por desplazados en años recientes asciende a 4 millones de hectáreas, cifra que casi triplica la tierra redistribuida durante más de cuatro décadas de reformar agraria.”

Por si algo faltara, el último informe mundial del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo revela el drama de la altísima inequidad de Colombia:

“...el país tiene uno de los más altos índices de inequidad en el mundo. Colombia ocupa el puesto número 11 por la mala distribución del ingreso, después de analizar los datos de 124 países” (El Tiempo: 2005, pp. 1 y 2, sección A)

A la luz de este drama, puede juzgarse la evolución de Orlando Fals Borda posterior a su decepción en torno a la vocación reformadora del Estado frente al problema de la tierra. Siguiendo la metáfora del epígrafe de «Campesinos de los Andes», el equivalente de Mardoqueo y Esther habría de buscar fuera de Palacio, en el *bumus* de la tierra, “respiro y libertación”.

Fue así como Orlando anunció primero su giro en dos libros de la segunda década de los sesentas: «La Subversión en Colombia» (1967) y «Ciencia propia y colonialismo intelectual: los nuevos rumbos» (1970). En ellos, consideraba dos temas que habían sido un tanto marginales en su primera etapa: el problema del poder político y el tema de las relaciones de las ciencias sociales con la sociedad. Si se le había reprochado a la ciencia social en el establecimiento fundado por Fals Borda en su primer lustro una concentración en problemas sociales focales con algún olvido o no consideración de fenómenos estructurales, aquí había una respuesta, sin olvidar que ya en dos publicaciones de 1962, dos clásicos de la sociología, «La violencia en Colombia» (1962) y «La familia en Colombia» (1962) se había abierto una línea que a la larga sería muy fecunda en la articulación de problemas macrosociales como el de la violencia y el poder, con fenómenos microsociales, como el de la familia y el género: una articulación explícita de estos dos niveles se produciría por primera vez en el libro de la

Comisión de científicos sociales dedicado al tema de Superación de las condiciones de violencia, publicado en 1987 con la dirección de Gonzalo Sánchez, aunque, como sugeriremos, este vínculo ya había sido entretejido por Fals Borda en su «Historia doble de la costa».

Por más de una década —desde 1968—, Orlando asumió una tenaz labor como investigador desde abajo —desde el horizonte de su Macondo, la región de los ríos, fuera de los espacios académicos, en una múltiple condición de etnógrafo en las raíces, sociólogo, geógrafo y cartógrafo, historiador que explora archivos nacionales y locales, indagador de la oralidad popular, escudriñador de relatos, canciones, mitos, leyendas, al mismo tiempo que urdía relaciones entre el discurso académico y el decir popular, entre la forma de expresión de las ciencias sociales y los modos de enunciar de la oralidad, la literatura, la música y las artes.

Ya con la investigación en marcha —una que quedó registrada por fortuna en sus primeros años en un libro sobre las raíces del nuevo tipo de investigación comprometida con el *humus* (Parra: 1983)— Orlando Fals Borda organizaría en 1977 un primer congreso de ciencias sociales, en el cual se presentaría en sociedad la que luego sería famosa IAP, Investigación Acción Participativa (Fals Borda: 1978). Veinte años después, lo que se había iniciado con un pequeño grupo, se había convertido en un movimiento mundial que celebraría sus dos décadas por todo lo alto, con presencia de investigadores sociales de todo el mundo y asistencia del entonces presidente de la Asociación Mundial de Sociología, Wallerstein y de una figura tan reconocida como Agnes Sëller (Fals Borda: 1998).

Tal vez el mejor modo de describir la polifonía de la «Historia doble de la costa» (Carlos Valencia Editores, 1979-1986) sea recurriendo a Bajtin, el lingüista ruso célebre por sus estudios de carnaval (fenómeno al cual está asociada la epistemología de la IAP y la propia de Orlando Fals Borda): el discurso popular tal cual aparece en el carnaval y en la mentalidad popular está caracterizado por la heteroglosia, a diferencia del discurso del poder y con frecuencia el discurso del saber que son del orden de la monoglosia. En el primero, diálogos plurales, multitud, heterogeneidad parlante, pueblo y nación y mujer, riqueza de deicticos o de indicativos de lugares, tiempos y personas. En el segundo, un saber y un poder hablan desde reducciones y abstracciones, con el tono del imperativo, con carácter homogéneo, con pérdida de contextos locales.

En algún pasaje, Heidegger expresa que “la lengua de la madre es la madre de la lengua” (“*Die Mund der Mutter ist die Mund der Sprache*”). Quizás esta relación habría que traducirla mejor de la siguiente manera: «El habla de la madre es la madre de la lengua». Porque a tenor de la distinción de Bajtin y con fundamento en la diferencia ya realizada por Saussure, el habla es el lenguaje vivo, mientras que la lengua es el habla hecha abstracción. Pues bien, lo que realiza Orlando Fals Borda en su monumental etnografía es un ejercicio de hallar las correspondencias entre el habla popular (el

habla de niños, ancianos, mujeres, hombres de trabajo), con la lengua o con el lenguaje académico, para acercar en su doble columna (la columna académica y la columna narrativa), de modo que en estas traducciones el lenguaje académico no traicione sus fuentes y sirva además para la «devolución» del saber y los informantes sean a su vez informados, reformados, transformados por esa mediación intelectual.

Otro enorme aporte de «Historia doble de la costa» fue examinar el tema del género en las transformaciones sociales regionales. Esto es muy significativo, si se tiene en cuenta que por la época de la composición de esta monumental obra apenas daban sus primeros pasos en el tema los estudios de género, siguiendo es cierto las huellas marcadas por Virginia Gutiérrez de Pineda. No tengo tiempo para detenerme como quisiera en este aspecto: personajes como María Barilla, Ana Joaquina Tovia, Francisca Baptista, leyendas como la Ninha Thi, fenómenos como el travestismo o la homosexualidad merecerían un estudio especial. Baste decir que el fenómeno de la sexualidad fue abierto allí por Fals Borda para vincularlo a la reflexión sobre la familia y sus articulaciones con la organización del poder político y económico y con el ordenamiento cultural de una manera que no se había considerado hasta entonces.

Para quien repare muy bien lo que significan pensamientos y fechas, no es un azar el que la publicación de esta obra hubiera coincidido con muchos movimientos sociales (movimiento cultural, movimiento indígena, movimientos estudiantiles, movimientos de género, movimientos campesinos) en servir como trasfondo primero a la expedición del acto legislativo número uno de 1986 que a un siglo de la Constitución de 1886 girara de modo radical el gozne hacia la descentralización y, luego, con la expedición de la Constitución de 1991 que sellaría dicho cambio en el orden constitucional del país, reuniendo de una manera tensa principios liberales y principios sociales, en irresuelta tensión. Pero también, por desgracia, el período de publicación del libro, entre 1978 y 1984, coincidió con la aparición en grande del narcotráfico, del paramilitarismo y con el crecimiento de una guerrilla narcodependiente.

Fue este contexto el que llevó a una nueva etapa de Orlando Fals Borda, como siempre precedida de una especie de carta de navegación, esta vez con el libro «La insurgencia de las provincias. Hacia un nuevo ordenamiento territorial para Colombia» (Fals Borda: S.f), libro sin fecha de edición, pero en todo caso próximo a la Constitución de 1991. Después de este libro, han seguido otros —que no podemos reseñar aquí— que han girado en torno a un tema que desde hace dos décadas es muy dominante en el pensamiento de las ciencias sociales: el espacio como fundamento de la acción social.

Quisiera concluir esta memoria con algunas reflexiones de orden más bien personal y anecdótico. Conocí tal vez a Orlando Fals Borda de un modo muy fugaz cuando consultaba mi decisión de seguir sociología. Había tenido la oportunidad entonces, en el año de 1965, de iniciar los estudios de Ciencia Política en la Universidad de los

Andes, por el ofrecimiento de una beca que nos hiciera Fernando Cepeda a Fernando Urrea y a mí. Ambos decidimos seguir sociología. No lo volví a ver sino hasta el cuarto congreso nacional de sociología, realizado en 1979 en Bogotá, que organizamos con Gonzalo Cataño luego de muchos años de dispersión de la comunidad sociológica. El encuentro fue amable, pero con algunas distancias, porque yo había participado en un movimiento estudiantil que había contribuido al no retorno de Orlando Fals Borda a la Universidad Nacional. Dicho movimiento estudiantil, como yo lo admitía en un escrito de la época, que ahora integra mi libro «Peregrinación en pos de Omega», había sido injusto con el pionero. Hicimos las paces personales, pero aún el Departamento de Sociología mantenía una obstinada hostilidad hacia su fundador. Participé luego en no pocos homenajes y reconocimientos a Orlando, algunos promovidos por mí, no menos de cinco. Elaboré tres reseñas sobre dos libros suyos y en el libro de «Peregrinación en pos de Omega» es visible la impronta de Fals Borda. Y luego fui responsable de un acercamiento entre Orlando, ya vinculado al Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional y el Departamento de Sociología, para que volviera al recinto fundado por él. Fue así como tuve la oportunidad de participar en una clase que organizó en el segundo semestre de 1999. Por entonces, yo trabajaba en el proyecto ParticipArte una modalidad de la IAP que llamé Investigación Acción Participativa y Expresiva (IAPE). ¡De modo que por vueltas de la vida vine a asistir por primera vez a la clase del maestro después de 30 años de haber podido ser su alumno, si los dramas del país no se hubieran interpuesto!

Ello muestra muy bien en un caso los problemas de continuidad de las ciencias sociales en Colombia, pero el reencuentro también revela que los afanes de construir una comunidad académica de las ciencias sociales son posibles, pese a todas las dificultades.

En reciente artículo para UN Periódico, Saúl Franco (U. N. periódico: 2005, p. 14) ha hecho una breve memoria del papel de Orlando Fals Borda, sintetizada por él en tres cualidades: coherencia, verticalidad y creatividad. Coincido en ello.

Por último, quisiera hacer votos porque el reconocimiento del Doctorado *Honoris Causa* para Orlando Fals Borda en la Universidad de Antioquia, merecidísimo como el que más, redunde en una reagrupación de la comunidad sociológica. Es triste decirlo, pero si la sociología muestra una dinámica muy grande en cuanto a producción intelectual de tres o cuatro generaciones después de la iniciada por Orlando Fals Borda, no puede decirse lo mismo de su organización institucional. El último Congreso Nacional de Sociología, el octavo, se celebró en Bogotá 1992 con el tema del poder político. La última junta de la Asociación de Sociología fue la que entre 1994 y 1997 presidió William Ramírez y en la cual ejercí como vicepresidente. Desde entonces, ninguna actividad, salvo la honrosa constitución de la Red Colombiana de Facultades de Sociología que agrupa ya a las instituciones académicas de Bogotá y que ha

liderado Guillermo Páez desde la Universidad Santo Tomás y los coloquios de la Universidad del Valle.

Por estas razones, he propuesto desde ahora un camino para que en los días 8, 9 y 10 de diciembre de 2006 se realice el IX Congreso Nacional de Sociología y Ciencias Sociales con un tema que propongo desde ahora y que está ligado al hecho de que la sociología cumplirá medio siglo en la víspera del bicentenario de la declaración de Independencia: La sociología y las ciencias sociales en la reinención de Colombia.

GABRIEL RESTREPO

Sociólogo, Profesor pensionado Universidad Nacional de Colombia

RECIBIDO OCTUBRE DE 2005 – ACEPTADO NOVIEMBRE DE 2005

Referencias bibliográficas

- FALS BORDA, O. comp. (1998) *Participación popular: Retos del futuro. People's participation. challenges ahead*, Bogotá, Tercer Mundo.
- _____ (1987) *Ciencia propia y colonialismo intelectual: los nuevos rumbos*. Tercera edición, Bogotá, Carlos Valencia Editores.
- _____ *Et al.* (1978) *Crítica y política en ciencias sociales. El debate teoría y práctica*, Bogotá: Punta de lanza, dos tomos.
- _____ (1967) *La subversión en Colombia: Visión del cambio social en la historia*, Bogotá: Universidad Nacional, Departamento de Sociología y Tercer Mundo editores, abril (Serie Monografías Sociológicas, No. 24).
- _____ (1961, 1955) *Campesinos de los Andes; estudio sociológico de Saucio*, Bogotá: Iqueima y Facultad de Sociología.
- _____ *et al.* (S.f.) *La insurgencia de las provincias. Hacia un nuevo ordenamiento territorial para Colombia*, Bogotá: UN-Siglo XXI.
- FOUCAULT, M. (2001, 1977) *Defender la sociedad*, México: Fondo de cultura económica.
- GUTIÉRREZ DE PINEDA, V. (1963) *La familia en Colombia*, Bogotá: Universidad Nacional y Editorial Iqueima.
- GUZMÁN CAMPOS, G. *et al.* (1962) *La Violencia en Colombia*, Colombia: Tercer Mundo editores.
- LONDOÑO, J. L. (1999) "Educación, desigualdad y crecimiento. ¿Qué aprender de América Latina?" En: *Educación y cultura* (Fecode), Bogotá: N° 50.
- MORIN, E. (S.f.) *Tierra-Patria*, Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- NEGRI, T. y HARDT, M. (2001) *Imperio*, Bogotá: Ediciones Desde abajo.
- PARRA, E. (1983) *La investigación acción en la Costa Atlántica. Evaluación de la rosca, 1972-1974*, Cali: Funcop
- RESTREPO, G. (2002) *Peregrinación en pos de Omega. Sociología y sociedad en Colombia*, Bogotá: El Malpensante y Universidad Nacional.
- _____ *et al.* (S.f.) *Saber y poder. Socialización política y educativa de los colombianos*, Bogotá: ICFES, Serie Investigación y evaluación educativa, tres tomos, N°s 11, 12 y 13.
- UN PERIÓDICO (2005) N° 80, domingo cuatro de septiembre, p. 14.